

MEMORIAS DEL CORAZÓN*

Dra. Rosa Carrasco Ligarda
Docente del Departamento de Educación

Hay libros que resumen encanto y atrapan al lector desde las primeras líneas por la dulzura entrañable de su cálida frescura que remece el alma. *Memorias del corazón* es uno de esos textos que desde el título nace de la vibración íntima por la tierra de Celendín y el mundo de las vivencias personales, compartidas o ajenas. La pluma de Élmer Chávez Silva destila un torrente de diáfana frescura, en un himno a la vida con resonancias telúricas que hunden sus raíces en la vida cotidiana. No hay maravilla, pero sí el quehacer constante de vidas limpias y sanas que con su alegría, fuerza vital y solidaria amistad e indesmayable fe y entusiasmo construyen la existencia. De ahí la diáfana ternura que al rescaldo del recuerdo revive esos instantes de vida, porque la vida no está hecha de grandes eventos, se hace en la sencillez del cada día que imprime su hálito vital en un avanzar juntos, pero al mismo tiempo en un construir las rutas propias.

Es así, como el verbo de Chávez Silva impregnado de una ductibilidad expresiva con múltiples matices recoge con intensidad y ternura una gama de episodios, en un arpegio que se desplaza desde la exultación intensa y vibrante ante la belleza de la naturaleza que surge en su riqueza sensorial y cromática a través de descripciones que con pinceladas rápidas aproximan a la feracidad de una tierra henchida de fuerza vital: “aquellas faldas mayestáticas de anatómico diseño cubiertas de verdor esmeraldino, mostraban

orgullosas el frescor de sus pastos, la opulencia atractiva, sonrosada y dulce de los perlados brotes de *nigua nigua*, la cosquillante presencia de los diminutos y negruzcos *cadillos* [...] los gruesos cercos de zarzamora vistosa con frutos rojizos o rojobrumosos de remembrante dulzor”. Y cómo no había de estar presente la alegría desbordante en las fiestas como los carnavales con el rey Momo y el Ño Carnavalón, las anilinas para colorear a las paisanas; las *jeringas*, los globos y los baldazos, las *comparsas*, las famosas *patrullas* y las coloridas *banderas*, el consabido acompañamiento de la banda de música del *Miqueas* y más adelante de la *Municipal*.

También se halla la solidaridad, amistad, alegría, garra y coraje de los jóvenes en diversos eventos. Una de esos es la emoción en la victoria deportiva narrada en el texto “Javier Prado campeón”. Los muchachos entregaron todo su esfuerzo, entusiasmo y dedicación a entrenarse con estoicismo para participar en inolvidables partidos con su equipo de fútbol. Lograron reiterados triunfos con un excelente desempeño que los llevó a representar a la Región Norte y a enfrentarse a equipos experimentados de Ancash y Chiclayo, quedando subcampeones. Y al retornar de ese viaje, fueron recibidos desde el camino en vibrante aclamación de todo el pueblo. Desde otras facetas, se vislumbra la turbulencia de las circunstancias con extraños remolinos, por ejemplo, en la lucha por la vida a inicios

del primer centro médico celandino donde se efectuaron con acierto un sinnúmero de heroicas intervenciones en excepcionales circunstancias por las limitaciones del espacio, instrumental quirúrgico y requisitos mínimos, porque “los tratamientos operatorios fueron realizados [...] sin exámenes auxiliares de sangre, orina o heces; sin placas radiográficas ni riesgo quirúrgico”. Sin embargo, se trataron casos de diversa etiología, como la operación a la *Rapabolsa* de un cólico misere. *Memorias del corazón* también es un cofre de recuerdos de amigos entrañables, cuya memoria queda indeleble como la de *Paquito Villanueva* o la de personajes que marcaron la vida de las generaciones y permanecen para siempre en la memoria y en el corazón de los que los conocen, como la presencia imponente y señera del profesor don Artemio Tavera en la huelga de los estudiantes en el colegio Javier Prado.

Y cómo no mencionar el chispeante humor de las anécdotas como en “El *weekend* y las humitas”, donde la pregunta clave del dueño de la chacra de donde los muchachos habían tomado los choclos, delata la inocente mentira con la que trataban de encubrir su juvenil hurto. Escuchemos ese diálogo:

—¿Qué pue llevan en las alforjas? ... ¿Ah?

—Pejes,... Señosh... Pejes... Fuéeeee... tan harshtazos hemos pescau en la Llanga...

Viérase.

—¡Ah pejes! ... pejes ... ¡Ajá!
—¿Y qué pué van hacer con tanto peje?
—HUMITAS... HUMITAS pué, ... qué más ay ser.

Junto con esas expresiones también está presente la piedad y alegría en las fiestas religiosas celebradas con devoción, como a la patrona, la Virgen de la Candelaria. Todo lo mencionado es sólo una ligera muestra de un rico retablo de anécdotas y crónicas que merecen ser leídas con delección.

No estamos ante un escritor profesional que ha dedicado su vida a la creación verbal como objetivo fundamental, pero sí ante un escritor que ha elegido una parte de su experiencia y de su pueblo como la mayor ofrenda que se puede tributar a los propios, a los contemporáneos y a las generaciones futuras. La importancia del libro trasciende lo circunstancial, si bien es cierto el referente siempre es ese, se trata de la historia del pueblo de los hombres y mujeres que viven y vivieron construyendo el presente y el futuro. Por esto, en el libro que-

dan y quedarán perennizadas a través del tiempo las enriquecedoras experiencias de un pueblo a través del tiempo narradas con ternura. Esa veta se ha recogido con acierto y delicado respeto, dado que se trata de anécdotas y episodios que no son inventados sino que surgen del manantial de la experiencia, por lo mismo, se potencia su interés y expectativa porque muchos se hallarán en sus páginas o se remontarán a épocas doradas.

Una especial referencia merece la palabra, materia prima para la construcción del libro. Si partimos de la premisa de que toda obra está hecha por palabras y que, a su vez, son expresión de la idiosincrasia del pueblo y su identidad, sus resonancias enriquecen de *Memorias del corazón*. Se halla palabras procedentes de lenguas nativas: *achichín, acuña, acupurarla, acusachas, anisquehua, ashutúreste, cálpish, cashpadós, caucasito, champas* (panes), *chanos, chaque, chilalo, chiclayos, china poshga, potochó, ruco, shapingo, shilico, silulo, siso, shulca, mishqui pico, toto, yanca-yanca* entre muchas

otras. Además, voces castellanas desusadas o poco usadas en la lengua coloquial en Lima: *amuró, aventador, bitoque, cuadrilla* (pandilla), *gafos, iden, lebrillo, milocha, pandorgas, papagayos* (botellas). También se halla neologismos como *avenar, burel, enviscerados*. Resemantizaciones o palabras a las que se adjudica un significado nuevo, como: *barrigona* (embarazada), *berenjenas* (focos de alumbrado público de poco voltaje), *castigado* (embriagado), *puchas* (rodajas). Cambios fonéticos, es decir, modificar un sonido del castellano: *cocheñudo, cuetero* (cohetero), *cumitas* (comadres), *cumpitas* (compadres), *cunshe* (concepción), *juliasho* (julio), *vuashtarsh, mestaraste, abrazau, adivinau, aura, ayser, dejuro, brinde, miraste, tengasté, tian, to, traendo, trancau, tuavía, veyo, vos, vua*.

Es así como *Memorias del corazón* se lanza como la flecha, de la que habla Kahlin Jibran en *El profeta*, a su propia existencia que auguramos luminosa dentro del horizonte de Celendín, el país y la humanidad.

* Texto leído en la presentación del libro *Memorias del corazón*, anectodario celendino de Élmer Chávez Silva (2007). Lima: Ediciones Libro Amigo.